

IV Certamen Escolar de Cuentos sobre el Agua

Dirigido a alumnos/as de los Colegios e IES de
las poblaciones abastecidas por EMASESA

Plazo de admisión de obras
hasta el 22 de Abril de 2016



#aguayletras

IV CERTAMEN ESCOLAR DE CUENTOS SOBRE EL AGUA

OBRAS GANADORAS

Categoría Primaria

Primer Premio: “Las aventuras de la gota Droopy”.....pág. 2

Autor: M.A.M.F.

Colegio: Salesianas de San Vicente (Sevilla)

Segundo Premio: “Diario de un sueño”.....pág. 8

Autora: A.S.T.

Colegio: CEIP Santa Clara (Sevilla)

Categoría Secundaria

Primer Premio: “La isla fantasma”.....pág. 12

Autora: J. del P.L.

Colegio: San Francisco de Paula (Sevilla)

Segundo Premio: “Bajo las aguas del Mare Nostrum”.....pág. 18

Autor: A.R.L.

Colegio San Francisco de Paula (Sevilla)

LAS AVENTURAS DE LA GOTA DROPPY

Droppy se despertó cuando iba a toda velocidad, cayendo por algo que parecía un tobogán gigante. Al principio se asustó un poco pero, a medida que iba frenando en su bajada, se iba tranquilizando. No es una buena manera de empezar tu tránsito por el mundo, convirtiéndote de inmediato en un pequeño charco inmóvil -si te ocurre, tienes muchas posibilidades de evaporarte antes de empezar- se dijo, e inmediatamente empezó a buscar otras gotas de rocío que, como él, se habrían formado bajo la lona de las jaimas de este campamento tuareg.

Con gran agilidad se encaramó en la parte interna de la tienda en busca de compañeros de viaje; es algo que las gotas de rocío traen en sus genes, saben que aunque solo se viaja más rápido, es uniéndote a otras gotas como puedes llegar más lejos, y el trayecto en esta zona de África puede ser largo y difícil.

- Parece que este año es tan seco que sólo me he formado yo, no hay ni una sola gota más de agua... Tendré que valérmelas por mí mismo - pensó.

No había acabado de decir la frase, cuando sintió un golpe en la lona que lo sostenía, haciéndole saltar por los aires hacia una vasija de metal. Un sediento tuareg la había visto y quiso aumentar su dosis de agua zambullendo a Droppy en su vaso. En un alarde de flexibilidad, Droppy giró antes de caer en el vaso, haciéndolo sobre la mano del bereber. Después, se dejó resbalar hacia el suelo y huyó de la jaima hacia el exterior, antes de que el tuareg pudiera hacer nada.

- Tengo que buscar una sombra o no tardaré en ser gota muerta. El sol me calentará y moriré evaporada en unos minutos.

Mientras buscaba un lugar fresco y seguro se cruzó con un escarabajo pelotero que rodaba una gran bola de estiércol de camello.

- ¿A dónde vas tan rápida, gotita de agua fresca?

- Huyo de un tuareg que me quiere beber.

-Claro, en este campamento no sobra el agua, y no es porque no tengan, porque roban el agua a todo el que se cruza en su camino; lo que ocurre es que el jefe la confisca para venderla a precio de oro. Un negocio redondo: la roba y la vende, la roba y la vende, la roba...

-Pero es muy feo eso que me cuentas, no se debe robar.

-Y menos algo tan necesario como el agua. Sería mejor compartirla, cuidar la que hay y, sobre todo, trabajar juntos haciendo pozos y cultivos que necesiten poco agua, pero ellos prefieren robarla.

- Yo busco más agua para unirme a ella y ayudar a algún pueblo necesitado de nosotros, pero no a estos que la roban.

- Este territorio está lleno de poblados de gente que tiene que caminar varios kilómetros de distancia para encontrar agua. Tan solo en el corto período de lluvias pueden llenar sus pozos y aljibes para tener un poco de agua durante unos meses, pero este año, ni eso; no ha llovido y ya está a punto de acabar el período de lluvias.

- Tengo que encontrar más agua y unirnos para ayudar a esta gente. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

- Por supuesto, pero como nos vean nos matarán a los dos: a ti te beberán y a mí me pisarán hasta aplastarme por ayudarte a escapar.

- Pensemos cómo escapar. Soy rápido, aunque tendría que esperar a que anochezca, ya que el sol me evaporaría.

- ¡Tengo una idea! - dijo el escarabajo. - Métete en esta bola de estiércol y te llevaré rodando con tus amigos; y no asomes la cabeza hasta que te avise, pueden verte.

-¡Perfecto, escarabajo!

-Mi nombre es Sr. Carbajo. Carbajo el Escarabajo.

-Encantado, Sr. Carbajo. Yo soy Droppy.

Droppy se introdujo en una bola mezcla de barro, paja y algo maloliente que no sabía definir. “Mejor no pensarlo”, se dijo. El Sr. Carbajo empezó a rodar la bola lentamente pero sin pausa, y tras unos 10 minutos rodando paró en un lugar que parecía fresco. Droppy no podía oír nada, no sabía si es que no hablaba nadie o es que estar en medio de la bola de estiércol se lo impedía. En un momento dado la bola se abrió por la mitad, dejando a Droppy al descubierto. Vio que estaba en el interior de una jaima frente a un bereber vestido de negro con un gran turbante del mismo color.

El escarabajo había vendido a Droppy al jefe bereber.

-¿Has visto cómo te decía la verdad? Aquí está tu gota - dijo el escarabajo Carbajo.

-Es verdad, insecto inmundo - se oyó decir al tuareg. - Te dejaremos vivir en las cuadras con los camellos, rodeado de estiércol. Llevaos este bicho de mi presencia.

-En cuanto a ti, gotita - le dijo a Droppy, mirándola con cara de pocos amigos - te voy a dar tu merecido: me voy a hacer un té hirviendo contigo.

La amenaza no era en balde; el tuareg se dirigió a por la tetera que estaba en el fuego para introducir a Droppy y sumar así más agua a su hirviente té.

Droppy aprovechó ese momento para filtrarse entre los pelos de la alfombra y aprovechando la pendiente del suelo escapar por debajo de la puerta hacia el exterior de la tienda. Justo a la entrada había un camello tumbado y Droppy se metió entre sus patas para que no lo encontrasen.

El bereber salió de la jaima y soltó una carcajada tan siniestra que casi hace a Droppy caerse del camello y formar un pequeño charco en el suelo.

Aunque estaba cómodo en el camello, entre el miedo a ser descubierto y la tristeza de no encontrarse con ninguna otra gota de agua hicieron que esa noche Droppy no pegara ojo. Soñaba despierto con ayudar a una familia realmente necesitada de agua, se veía en un pozo colmado de agua o con niños regando un huerto, o bebiendo de un gran cántaro de

agua fresca. Soñaba con ser parte de esa agua que ayuda y da vida a personas que la trataran, que no la derrochasen ni comercializaran con ella.

Cuando por fin estaba a punto de quedarse dormido, un movimiento mayor que un terremoto lo hizo despertarse. El camello se había puesto de pie y empezó a caminar. Al principio Droppy pensó que lo llevaban a algún lugar del asentamiento, pero miró entre las piernas del camello y no vio el campamento. En solo unas horas los tuaregs habían desmantelado todo y lo habían cargado sobre los camellos. Como pueblo nómada que era, los bereberes tenían gran habilidad en montar y desmontar su poblado. Droppy recordó las palabras de Carbajo el Escarabajo y pensó que se dirigían a negociar o a robar agua a otra gente. Esto lo entristeció profundamente y se puso a pensar qué podía hacer él para que no robaran más agua y para que no la vendiesen a precio de oro.

Tras un día de camino la caravana se paró junto a un poblado y encendieron hogueras para tener luz toda la noche. Agotado por el largo viaje, Droppy se quedó profundamente dormido, y no oyó los cánticos y bailes de los escandalosos tuaregs.

La noche había sido larga para ellos, celebrando los cuantiosos beneficios que obtendrían al día siguiente vendiendo o cambiando agua robada con las familias del poblado.

Por la mañana, un rayo de sol despertó a Droppy, se asomó y vio a todos dormidos junto a las cenizas de la hoguera. Creyó que era un buen momento para huir y se deslizó del camello para salir corriendo camino de unos cactus que había frente a ella. Una vez en los cactus esperaba el momento adecuado para correr hacia el poblado y unirse a más agua que seguro encontraría en algún aljibe.

Un bereber lo vio correr y salió tras él para detenerlo. Droppy, al ver que lo perseguían, corrió con todas sus fuerzas bajo un sol que a veces se escondía tras una gran nube negruzca que amenazaba pero no soltaba ni una sola gota de agua.

Droppy iba disminuyendo su tamaño a medida que aumentaba su velocidad debido a la evaporación, y justo en el momento en el que el tuareg saltó para detenerlo, Droppy

terminó de evaporarse formando un casi invisible vaho blanco que poco a poco ascendía en dirección a la gran nube negra.

El tuareg se sentó en el suelo con cara de rabia mirando la nube negra que cada vez se hacía más grande tapando por completo los últimos rayos de sol.

Droppy seguía ascendiendo ayudado por ligera brisa; quizás un efecto mariposa iniciado en el esfuerzo de su carrera contribuyó a que esta brisa aumentara mientras subía, y así acabara uniéndose a vientos más fríos venidos del norte

Droppy sintió como su vaporoso cuerpo se unía a la gran nube formada por miles de millones de gotas que, como él, se habían evaporado en algún momento de su vida. Se sorprendió al darse cuenta que una gota de agua se transforma pero nunca muere, y se sintió muy feliz de ser parte de esa gran nube.

La brisa que le acompañó en la subida ya convertida en viento golpeó con fuerza la nube, haciendo que esta se convirtiese de nuevo en agua y cayese sobre el seco poblado que estaba junto al asentamiento bereber. Droppy no cayó en los primeros chaparrones y pudo disfrutar viendo como los niños del poblado salían de sus chozas para disfrutar del agua fresca que el cielo les regalaba, rio viendo cómo se tiraban al suelo para jugar en el barro, se sorprendió observando cómo abrían la boca para saborear cada gota que entraba en ella.

Mientras los mayores le daban gracias al cielo por el regalo de vida que les hacía, los más viejos del lugar -quizás los más preocupados por la sequía- respiraban tranquilos tras ver la inmensidad de la tormenta que acechaba; la sequía empezaba a ser historia. Ya no tendrían que comprar agua a los tuaregs, y tanto sus aljibes como sus tierras empezaban a tener reservas suficientes para pasar el verano, porque su pueblo, tan castigado por la sequía, había aprendido que el agua es un bien escaso al que hay que cuidar con mucho esmero, habían aprendido que el agua no se puede derrochar cuando sobra porque

pueden venir etapas secas en las que no hay y, sobre todo, sabían que el agua es indispensable para los seres humanos.

Droppy cumplió su sueño cayendo en un gran aljibe construido por el hombre, en el que almacenaban agua suficiente para pasar la época seca. Había miles de millones de gotas de agua que, al igual que ella, esperaban en el depósito ser necesarias para los hombres. Pensando en todas sus peripecias pasadas hasta llegar al aljibe se quedó dormida...

EL DIARIO DE UN SUEÑO

Observo el mar un día tras otro en el libro que mis padres me dejaron como único recuerdo de ellos. Me siento frustrada y llegar a conocerlos sería para mí como un sueño. Sin embargo, mis orígenes me lo impiden, ya que provengo de una familia que me olvidó en un lúgubre orfanato de Berlín.

Acostumbro a no pensar en ello. Recuerdo muy poco de mi familia, de hecho, tan solo recuerdo a mi abuela, me contaba historias, no recuerdo cuáles. De lo que estoy segura es que amaba el mar tanto como yo y había vivido junto a él toda su infancia y juventud en una pequeña ciudad al norte de Alemania llamada Rostock.

No me gustaba el orfanato. Dormía cinco o seis horas al día y la angustia que me corroía por dentro era cada vez mayor. Había sido ingenua y estúpida, pero ya tenía dieciséis años y estaba decidida a marcharme. Cumpliría mi sueño y dejaría atrás los recuerdos del orfanato. Esa misma noche comencé a planear la escapada. Conocía la relación que mantenía la señora Gepesky, el ama del orfanato, con el alfarero, el señor que os traía los nuevos cuencos para una clásica sopa insípida. El camión solía estar aparcado durante un buen rato. No pude dormir esa noche, estaba nerviosa. Prepare una ligera bolsa con todo lo necesario incluidas una chapa y la mitad de una horquilla para el cabello. No lo parecía pero esto me sería muy útil para escapar. Por la mañana temprano, sobre las seis y media, llegó el camión del alfarero. Hábilmente, me colé en el despacho de la señora Gepesky y extraje de una cajita la llave de la entrada. Abrí silenciosamente sabiendo que nadie me echaría de menos. Saqué de mi bolsa la chapa y la media horquilla. Yo sabía forzar cerraduras, en el orfanato a veces forzaba la despensa y comía algo, pues la mísera comida que me daban no era suficiente para alimentarme. Así que me fue fácil colarme en la parte de atrás de una vieja furgoneta como aquella.

A los cincuenta y seis minutos, volvió el alfarero silbando dispuesto a realizar los demás repartos pendientes. Yo estaba algo mareada, pero debía permanecer quieta y en silencio para no ser descubierta. En la tercera parada cuando el alfarero bajó bajé tras él y corrí

con todas mis fuerzas para no ser vista. En ese instante note un gran vacío en mi interior, estaba hambrienta. Como no tenía dinero ni nada que ofrecer a cambio tuve que hacer lo impensable para mí en ese momento. Me acerque sigilosamente a puestucho de batatas asadas. Me agache y extendí el brazo. Cogí una y me la lleve a la boca. Pero un soplón había observado todo el proceso y comenzó a chillar como alma que lleva el diablo y tuve que escapar dando zancadas. Me perseguían y estaba muy agobiada, nunca habida hecho nada semejante y confieso que no me agradó. Doy gracias a la persona que me salvo. Me agarro una mano huesuda pero rígida y me metió en un portal. Me encontré en una estación de trenes centenaria. Observe un joven y atrevido rostro que no quiso desvelarme su nombre. Le di las gracias y entonces caí en la cuenta, gracias la bordado de su chaqueta, que era el mismísimo supervisor del más grande de los trenes.

Mi historia era triste, pero no lo sufriente para conseguir un billete de primera clase. Además yo no soy así, no necesito caridad de nadie, me valgo por mí misma. Lo máximo que estuvo a mi alcance fue un pasaje en el vagón maletero. El trayecto obviamente no fue de primera, ni siquiera de segunda clase. Las maletas me golpeaban por todas partes: en el costado, en la cara en los muslos... en conclusión se me formaron unos buenos moratones, uno en la mejilla y otro en la pierna. Al bajar del tren pregunte a un trabajador donde me encontraba: en Güstrow, fue la respuesta. Gustrow era un pequeño pueblecito al suroeste de Rostock, a u nos cien kilómetros de mi destino. Pero antes de llegar allí debía cruzar un pequeño rio. El Rio Warnow, ese era su nombre, desembocaba en el mar Báltico. Me dirigí al puerto de Gústrow con paso firme y no puede evitar algunas miradas de curiosos locales. No era de allí venia dela capital y mi comportamiento inseguro lo hacía notar. Camine despacio hacia el muelle donde diversos barcos estaban atracados. Un joven se acercó a mi viéndome desorientada. Aparentaba cerca de veinte años algo mayor que yo. Me invito a pasar a un humilde barco.

En el interior, una mujer de edad media de suave y tierno rostro, le esperaba. Me condujeron hasta una estrecha habitación con una mesa y algunas sillas. Nos sentamos los tres alrededor y entonces fue cuando se presentaron ante mí. “Me llamo Floke y esta es mi tía Katrina” – exclamó el joven con entusiasmo-, este es nuestro barco, el que usamos para desempeñar nuestra ocupación de pescadores. Y a ti, ¿qué te trae por aquí?. Les relate toda la historia, mientras Karina me preparaba leche bien caliente con dos cucharadas de azúcar. No me hice de rogar y la acepté con mucho gusto.

Al día siguiente, ellos debían partir y se ofrecieron a llevarme a Rostock que les pillaba de camino y donde montarían un pequeño mercado con peces de agua dulce. Los días siguientes que pasé en el barco fueron, probablemente, los mejores días de mi vida. Era magnífico. En algún momento, Floke, que por aquel entonces ya era íntimo amigo mío, me llevo en una pequeña barca hasta una parte del río donde se hallaba una profunda cueva. Nos bañamos dentro de ella, disfrutando del frescor del agua. Me gustaba jugar a imaginar monstruos, arañas y murciélagos espantosos que habitaban en aquella cueva. Era divertido y Floke se reía a carcajadas. Otras veces tan solo nadábamos alrededor de rocas o maleza que caía al río de un bosque cercano.

Me encantaba disponer de momentos para pensar en mí y en lo que haría cuando llegara a Rostock. No estaba totalmente decidido, pero mi plan sería hallar noticias sobre mi abuela y cumplir mi sueño de conocer el mar. Karina me hablaba de él como si de una joya se tratase; no obstante ella prefería los ríos, donde no se corría tanto peligro y era más sencillo llegar a los poblados.

En fin, en tres días, entre chapoteos y redes de pesca, atracamos por fin en el puerto de Rostock. Me despedí tristemente de Folke y de su tía y prometimos escribirnos cartas. Ellos me aseguraron que vendrían a visitarme a menudo, pues mi idea era instalarme allí definitivamente.

Me adentré en el pueblo y pregunté a un hombre dónde podía encontrar una dirección. Dejó de leer el libro que tenía en entre sus manos y me guió hasta una especie de casucha con un tejado de madera vieja, que según me explicó tenía un registro de habitantes. Le di las gracias y entré en la estancia.

Todo lo que ocurrió después fue el descubrimiento del domicilio de mi abuela que, desgraciadamente, había fallecido hacía ya algunos años. Ahora en esa casa vivían mis primas y su padre, al parecer un biólogo llamado Frederick Hoffman. No quería perder tiempo, pero en aquel momento no me apetecía sorprender tan repentinamente a mi familia y me dirigí a la orilla del mar a cumplir mi mayor ilusión.

Ya pisaba la arena, pequeños granitos que se escondían entre mis dedos. Eché a correr y cuando ya tan solo estaba a unos centímetros del agua, di un gran salto como expresión de alegría y me zambullí en el mar con toda la ropa puesta. No me salían palabras en ese momento y decidí no expresarlo y disfrutar. Sentí la fuerza de las olas a mi espalda y entonces, supe que eso era lo que buscaba desde hacía mucho. Pero lo más maravillosos

fue mirar al horizonte y no ver el final de esa enorme masa de agua salada. Todo iría mejor a partir de ahora...

LA ISLA FANTASMA

Era un día de invierno más frío de lo normal. El viento aullaba y el mar rugía como nunca lo había hecho. Aun así, respecto a la pesca, era un día normal, así que tendríamos que recoger las redes y desembarcar hacia la aventura. Desde muy pequeña, me ha encantado todo lo relacionado con el agua: hacer surf, nadar, bucear en las profundidades del mar... Pero, sobre todo esto, mi pasión es navegar. Sin embargo, hoy estaba un tanto aterrada, odio navegar cuando el mar está tan violento y ajetreado.

Normalmente, todos los sábados del año salimos a pescar en familia en el barco de mi padre, para que el trabajo no se le hiciese tan pesado como en los días entre semana. Mi padre, al ver la terrible tempestad que se avecinaba, propuso que él iría solo. Claramente, mi madre y yo nos negamos rotundamente, no queríamos que mi padre se encontrase solo en medio de la tormenta, así que cogimos las bicicletas y fuimos en ellas al puerto.

El barco de mi padre era un gran velero, aunque entre semana él pescaba con sus compañeros en uno pesquero. La longitud del barco superaba los dieciséis metros y la cubierta estaba hecha de una preciosa madera, la cual estaba escarchada. La parte interior era aún más asombrosa: había cuatro camarotes, una cocina y un cuarto de baño. Aunque normalmente no dormíamos allí, pasábamos algunas noches de verano navegando hasta que saliese el sol, a la luz de la luna.

Después de preparar todo lo que pudiésemos necesitar, alzamos la vela mayor y el foque y partimos hacia el mar abierto. Cuando el mar está calmado, mis hermanos y yo nos encargamos de manejar todo el barco. Mientras que yo llevo el timón, mis hermanos se dedican a cazar y soltar vela, y mis padres intentan pescar algo. Pero esta vez, fue

distinto. A la media hora de salir del puerto, la tormenta iba a peor. Mi padre tuvo que coger mi puesto en el timón para que yo ayudase a mis hermanos y mi madre se hacía cargo del radar. Yo me ofrecí para vigilar el radar, pero mi padre se negó. Si chocábamos con un barco, ese sería nuestro final. Las olas cada vez se hacían más grandes y, aunque todos estábamos más que acostumbrados a navegar desde pequeños, el miedo se apoderó de nosotros. La niebla lo cubría todo, no veíamos nada, solo podíamos sentir el aliento cristalizado de cada uno de nosotros.

De repente, todas las luces del barco se apagaron. Y también lo hizo el radar. Navegábamos completamente a la deriva. No veíamos nada y, si se acercase un barco, no podríamos hacer nada para evitar el choque. Un golpe hizo que todos nos cayéramos hacia delante, el barco había chocado contra la tierra. Oímos un fuerte crujido y sentimos cómo el barco se hundía a nuestros pies. Sin pensárnoslo dos veces, saltamos del barco y caímos en el helado océano. No tardamos mucho en encontrar tierra firme; el barco había chocado contra la orilla de una pequeña y despoblada isla.

Esta isla era increíble. Una isla llena de vegetación, colores y animales exóticos, pero aparentemente desierta, no había nadie. Por un momento pensamos que estábamos salvados, pero no, estábamos perdidos y solos en una isla que nadie encontraría nunca, ya que no figuraba en ningún mapa.

Durante varias horas, estuvimos sentados en la orilla, simplemente pensando y asimilando todo lo que estaba ocurriendo. Acabábamos de llegar y ya estábamos pensando en lo peor que podría pasar. Mientras todos manteníamos el silencio, absortos en nuestros pensamientos, mi madre puso orden. No podíamos quedarnos aquí sentados hasta que la deshidratación terminase con nosotros, teníamos que encontrar una solución.

Lo primero que tendríamos que hacer es explorar la isla, no sabíamos con certeza que esta estuviera desierta, quizá podríamos encontrar ayuda. Decidimos separarnos, mi

padre y yo exploraríamos la parte este y los demás la parte oeste de la isla. Al final del día ya habíamos rastreado toda la isla y no habíamos encontrado nada, no había ningún humano. Cada vez estábamos más desesperados e íbamos poco a poco perdiendo la esperanza. Mis hermanos pequeños no hacían más que llorar y yo también lo hubiese hecho, pero se suponía que ya era lo bastante mayor para no hacerlo. Así que, en vez de lamentarme, fui recolectando todo lo que nos pudiese hacer falta en esta isla; trozos de ramas caídas por el viento, pequeños frutos que crecían en la cima de un gran árbol... Pero no encontré ni rastro de agua. Nada. Al caer la noche, ya habíamos construido un pequeño refugio a orillas del mar colocando grandes piedras una encima de la otra. Por lo menos, estas piedras mantendrían el calor del día y nos harían pasar una noche más agradable.

A la mañana siguiente, todos empezamos a notar la deshidratación. Nunca en nuestras vidas le habíamos dado tanta importancia al agua como en aquel preciso momento. Cada exhalación de aire causaba un gran dolor a nuestras gargantas secas. El día anterior, habíamos divisado varias cuevas a lo largo de la isla, pero no nos atrevimos a entrar pensando en los peligrosos animales que podrían habitar ahí. Ahora, debido a la situación en la que nos encontrábamos, decidimos que debíamos explorarlas. Esa era nuestra única posibilidad de sobrevivir.

Al mediodía, nos adentramos hacia las profundidades de la isla, donde se encontraba una enorme selva. Íbamos andando en fila india, sin hacer ningún ruido, intentando oír todo a nuestro alrededor por si se acercaba algún animal. Al cabo de un buen rato caminando, ya me sentí más tranquila en la selva, por lo que decidí empezar a mirar a mi alrededor contemplando lo hermosa que era esta isla. Aunque estuviéramos perdidos en medio de ella, era preciosa.

Cuando alcé la cabeza para mirar al cielo, vi que estábamos rodeados. No de seres humanos, sino de enormes gorilas que nos seguían desde las alturas. Pegué un grito

reprimido, le toqué la espalda a mi madre y señalé hacia el cielo. Su cara de espanto me puso aún más nerviosa, no sabíamos qué hacer.

Después de estar unos minutos parados como estatuas, decidimos seguir andando hasta la cueva más cercana. Si no nos habían atacado todavía, sería porque no pretendían hacerlo. Y así fue.

Cuando llegamos a la cueva, el sol estaba perfectamente posicionado para que entrase la luz del día y veíamos todo con bastante claridad. Nos introdujimos en la cueva, todavía nerviosos por si los gorilas seguían detrás de nosotros o habían llamado a más de su especie. Anduvimos durante más de media hora por una estrecha y húmeda gruta, esperando encontrar algo, pero no lo hicimos. Llegamos al final de la cueva y no había nada. Todas nuestras esperanzas se desvanecieron de golpe.

En el momento de volver atrás, algo me agarró por la espalda tapándome la boca y, por los gritos de mis hermanos, a mi familia también. Nos vendaron los ojos, nos ataron las manos y nos llevaron a algún lugar de la cueva. Me sentía atrapada, sin fuerzas para escapar, pero a la vez aliviada. No creía que un mono fuese lo bastante habilidoso para atraparnos a toda mi familia y a mí, tenía que haber sido un humano. Estábamos salvados.

Seguimos caminando a ciegas, dejándonos guiar por estos completos desconocidos, que no habían dicho ni una sola palabra durante todo este tiempo. Pasamos unos minutos parados en una gran guarida subterránea (o al menos eso es lo que esperaba ver cuando me quitasen la venda) y supuse que este era el lugar al que nos querían llevar. Oí murmullos al otro lado de la sala, y antes de que pudiese reaccionar, me quitaron la venda de un manotazo.

Al principio no veía nada, debido al deslumbramiento producido por unas antorchas colgadas en la pared. Como había intuido, nos encontrábamos en una especie de habitación aparentemente subterránea y había cinco señores mirándonos como si no

supieran qué hacer con nosotros. Así pasaron varios minutos. Nosotros mirábamos a los hombres y ellos nos miraban a nosotros.

De pronto, una voz procedente de uno de estos señores, el más alto, rompió el silencio en el que se encontraba la guarida. Para nuestra sorpresa, hablaba perfectamente nuestro idioma, salvo algunas palabras que eran incomprensibles para nuestros oídos.

-¿Quiénes sois y qué hacéis en nuestra casa? -preguntó el extraño señor.

-¿Casa? -pensé en mi mente.

Mi padre les explicó todo lo que nos había pasado con todo detalle; el barco hundido, haber sido abandonados en esta isla e incluso los gorilas que nos habían estado persiguiendo de camino a la cueva. Cuando mi padre terminó, otro de los señores empezó a hablar:

-Respecto a los gorilas, no os preocupéis por ellos, hemos conseguido a lo largo de años que confíen en nosotros y que nosotros confiemos en ellos -informó él-. Después de pensárnoslo varias veces, y aún con dudas, sois bienvenidos a nuestra casa.

Estos señores nos contaron que ellos habían acabado aquí de la misma manera que nosotros, un barco hundido y una tripulación convertida en náufragos. Pero, debido a su amplio conocimiento de la naturaleza, consiguieron sobrevivir y construir un gigantesco refugio bajo tierra, donde hasta cultivaban todos los frutos que encontraron al llegar. Al principio, sobrevivían debido a un pequeño arroyo que rodeaba la mitad este de la isla, pero este se secó. No tardaron en encontrar una solución. Descubrieron que había agua bajo tierra y construyeron un gran pozo.

Ya llevamos viviendo aquí seis meses, según mis cálculos. Mis hermanos y yo podríamos recorrer esta isla con los ojos vendados y soy muy feliz. Aunque echo muchísimo de menos mi antigua vida, mis amigos, mi casa... Todos los habitantes de esta isla (que por ahora somos diez), me han dicho que esto es una estupidez, que no

servirá para nada escribir esta carta. Pero yo aún no he perdido la esperanza. Así que, si alguien estuviese leyendo este mensaje, por favor, venga a buscarnos.

BAJO LAS AGUAS DEL MARE NOSTRUM

Capítulo 1 Nuevos retos para el S.S.

Tras la vuelta del S.S. Crucero, el gobierno de la ciudad de Yalaj decidió usarlo para una nueva expedición dirigida por el Dr. Drawho. La tripulación al completo utilizada para el viaje hacia las tierras del lejano mundo viajarían junto al científico en este nuevo desafío. Nada más y nada menos que 140 hombres se moverían hacia la isla de Khamalocon el fin de sumergirse en las costas de la isla y explorarlas hasta lo más profundo. Esta expedición sería supervisada por el duque de Vargwen, un ricachón del norte de Auhrel que se había lesionado tras su último intento de coronar la cima del Tukidfa, la montaña más alta del planeta. Ahora que no tenía forma de divertirse, lord Vargwen quiso pasar el tiempo libre probando nuevas cosas, en este caso el submarinismo y la oceanografía. Las leyendas de la antigüedad decían que, cuando los dragones habitaban aun la superficie del planeta Vahocanu, un archipiélago de islas conocidas como las Palíacas se hundió en el océano Aquásico, dejando tras de sí una colonización: una tribu de seres superiores, una civilización más avanzada que la nuestra. El objetivo de Vargwen era inspeccionar el océano Aquásico, ahora conocido como el Mare Nostrum, en busca de los restos de este antiguo imperio.

El S.S. Crucero viajaría 1300 km. Era un navío del siglo LXVII después de Malun. Trescientas toneladas de acero y titanio, un barco capaz de recorrer todo el planeta en menos de un trimestre, de recorrer toda la galaxia en menos de un lustro e incluso atravesar el universo en menos de tres décadas. Este barco no solo fue creado por

el gobierno para el uso de expediciones, sino que, años atrás, los bárbaros que habitaban Yalaj ya habían construido un modelo de barco similar, bautizado como “*SkidWarrior*”. Con él conquistaron grandes masas de terreno y descubrieron nuevos continentes. Un “*SkidWarrior*” que ha evolucionado a lo largo de los siglos hasta convertirse en el magnífico S.S. Crucero.

Llegó el día de la expedición. Todo el mundo gritaba y chillaba en el puerto de la ciudad. De repente, el barco levó anclas y se fue poco a poco dirigiendo hacia el océano, dejando atrás la ciudad y una despedida de lo más acogedora. Poco a poco, la muchedumbre iba disminuyendo de tamaño hasta que no quedó nadie en el embarcadero. Mientras el primer oficial de abordaje, Jiozex, manejaba con firmeza el timón y lord Vargwen contemplaba los últimos restos visibles de la ciudad, el Dr. Drawho inspeccionaba con determinación y carisma el mar, esperando hallar algo nuevo entre los muchos misterios que se ocultaban en la isla de Khamalo. La brisa marina se agitaba veloz en el ambiente. Las olas se rompían ferozmente contra el casco del indestructible navío que surcaba ferozmente estas indomables aguas. Para algunos resultaría un presentimiento o incluso una simple corazonada, pero para el experto buscador no. Drawho sabía que iban por el buen camino. ¿Cómo? Ni él mismo lo sabía, pero estaba cien por cien seguro de que al final del trayecto hallarían algo importante que revolucionaría el mundo de la ciencia, al mismo tiempo que cambiaría la perspectiva por la cual vemos hoy en día un océano que no es realmente lo que esperábamos de él. Pronto lo descubrirían. Llegarían al centro del Aquásico en unos días y lo revelado les dejaría atónitos, de piedra.

Capítulo 2 Tierras y hallazgos

A penas había amanecido cuando el vigía del barco empezó a gritar de alegría. Tras dos días y medio de duro trabajo, por fin habían llegado a Khamalo. Una gran isla cuyo origen se remonta muchos siglos atrás. Medía 3560 km². Todo tipo de flora se hallaba entre sus fronteras: bosques de coníferas, abetos, olmos, encinas, además de fauna salvaje: tigres, leones, serpientes, lobos, mapaches, ciervos. En el centro de la isla, una enorme cascada caía desde la ladera del pico Mjolnir, formando un gran lago de agua azul cristalina. Tras los bosques, unos vastos desiertos de tierra roja se extendía hasta donde alcanzaba de vista, unos desiertos que daban lugar a una bahía de fina arena cubierta de caracolas y algas. Por el otro lado, unos grandes y rocosos acantilados con gruesas capas de hielo en el suelo oceánico. Y en la costa, se podían divisar restos de antiguos campamentos científicos, campamentos que se utilizaron en investigaciones , así como en el descubrimiento de las Palíacas como en observaciones no relacionadas. Drawho estaba tan embelesado con la belleza de la isla que no se dio cuenta de que habían atracado. Salió de su camarote lleno de júbilo por haber llegado a su destino y con ganas de trabajar.

Toda la tripulación estaba atareada. Había gente de allá para acá con algo que hacer. Mientras Jiozex daba órdenes gritando a pleno pulmón, Vargwen y Drawho estudiaban atentamente el mapa de la isla. Estaban decididos a adentrarse en la cueva de detrás de la cascada. Durante las expediciones anteriores nadie había inspeccionado esa cueva, por lo tanto no era un mal sitio para empezar. Además, Drawho tenía esa intuición que lo

avisaba de que allí se ocultaba algo. A mediodía, tras haber acabado de montar el campamento, una pequeña parte de la tripulación se dirigió a la cueva. No tardaron mucho en llegar. El científico fue el primero en entrar, seguido del duque y el primer oficial, los demás se quedaron bajo la cascada esperando y cuidando las cuerdas utilizadas para subir por la empinada ladera. El techo de la cueva estaba hasta arriba de estalactitas que goteaban agua sin cesar. En el suelo, charcos de barro y lodo, y en el interior una oscuridad escalofriante. Cada paso resonaba en la estancia con un interminable eco. Al final del profundo túnel, se encontraban unos pilares colocados en forma de arco que daban lugar a un lago subterráneo de agua transparente. En los pilares pulidos en mármol adyacentes había una inscripción en un idioma extraño:

<<La entrada a Palíacas, la ciudad bajo el océano>>

Sus miradas de asombro se cruzaron, y sin decir palabra se adentraron en el lago. Al instante ya no había rastro de ninguno de los tres y la cueva se quedó en un absoluto silencio, dejando tras de sí el borbotear de las burbujas.

Capítulo 3

Palíacas

E stuvieron un buen rato nadando, pero al final la encontraron. Allí estaba, rodeada por una inmensa cúpula de cristal. Era la ciudad perdida de Palíacas, la isla del fondo del mar. Sirenas y tritones nadaban por toda la ciudad, además de hadas marinas, peces y otras muchas criaturas. En los cuatro extremos de la ciudad sobresalían del suelo unos altos torreones de piedra caliza coronados con unos banderines. En el centro de la ciudad se hallaba una quinta torre, la torre de Casterwill. Esta había formado parte del antiguo palacio real, pero ahora solo se usaba para guardar los tesoros más importantes de la ciudad. A pocos kilómetros de la torre se podía ver la plaza central de la ciudad. En ella se encontraba el templo de Poseidón, custodiado por dos robustos titanes con cascos

acorazados, unas potentes lanzas y unas colas con escamas brillantes. Desde luego una ciudad hermosa.

Los tres se adentraron en la ciudad. Atravesaron la cúpula que la rodeaba con mucha facilidad, como si estuvieran hundiéndose en una burbuja gigante. Nadie en la ciudad se percató de su presencia. Nadaban por las calles de Palíacas mientras sirenas y tritones se cruzaban con ellos desviando sus miradas durante unos segundos. Recorrieron la avenida de las conchas en un santiamén, y en pocas horas alcanzaron el palacio de coral, hogar del rey Valdemar VIII. Entraron a la sala del trono y ahí estaba él. Tras una breve presentación, Valdemar nos acompañó a la torre de Casterwill. Este rey tan bondadoso quería otorgarles a los tripulantes del S.S. una parte de su tesoro para que pudiesen proseguir sus investigaciones. Salieron de la torre muy felices y con un baúl de marfil decorado en oro y perlas. A los cuatro les habría gustado seguir charlando de vuelta al palacio pero ya no tenían tiempo, pues los investigadores debían volver ya. Se despidieron amargamente y el rey se volvió a su palacio mientras nuestros protagonistas dieron media vuelta por la avenida de las conchas. Todos los ciudadanos aplaudían eufóricos. Salieron de la cúpula muy contentos y llegaron a la superficie maravillados.

A la entrada de la cueva todo el equipo esperaba impaciente. Se llevaron el cofre a cuestas. En la playa de la isla, todos aguardaban noticias nuevas, y al ver tan bello cofre, no pudieron evitar prorrumpir en gritos de alegría con un ímpetu sobrenatural. Aprovechando toda esa energía, la tripulación al completo decidió recoger el campamento para zarpar a Yalaj lo antes posible y disfrutar del tesoro tan bien merecido. Antes del anochecer, el S.S. ya se había puesto en marcha. Y mientras el sol se ocultaba en el Aquásico, Drawho contemplaba satisfecho el fruto de sus investigaciones, incluyendo el

tesoro real de Valdemar y todos los objetos sacados de Palíacas. Sin darse cuenta, el doctor se quedó dormido.

Capítulo 4

Una catástrofe en el Aquásico

Drawho despertó repentinamente. En la cubierta del barco se podía oír un jaleo horrible. Subió por el castillo de popa. Un caos se estaba formando en el barco. Se veía que la tripulación estaba atemorizada por la feroz tormenta en la que se habían adentrado. Olas de gran altura se alzaban por encima del barco. Negros nubarrones se cernían sobre el S.S. mientras que los rayos y relámpagos tronaban sin cesar. Pasaron las horas y los marineros iban de un lado a otro empezando a volverse locos. De repente un rayo cayó en el barco, partiéndolo en dos. A pesar de su composición indestructible, terminó por hundirse a pocos kilómetros de Yalaj, dejando a toda la tripulación muerta.

Ni siquiera los más cualificados fueron capaces de encontrar los restos del S.S. y el tesoro hundido de Palíacas. Ningún yalajiano fue capaz de descubrir el tesoro de Palíacas ni la propia ciudad hundida. Los tripulantes del S.S. fueron los únicos en contemplarlos. El secreto de la ciudad hundida siguió siendo una leyenda durante eones. Una leyenda a la que se unió el S.S. Crucero. Un barco construido por bárbaros y utilizado para las grandes conquistas y descubrimientos. Un navío que debía ser indestructible. Ahora todos sus viajes serán olvidados y lo que fue memorable una vez, lo dejó de ser para siempre. Tampoco los cadáveres salieron del océano. Solo unos pocos afortunados salieron a la superficie. El Dr. Drawho y el duque Vargwen quedaron sumergidos en el Aquásico. Todos sus apuntes y descubrimientos desaparecidos para siempre. Lo que podría haber sido el hallazgo del siglo, arruinado por una tormenta eléctrica. Ahora Drawho nunca

llegaría a conocer a fama de un gran investigador ni Vargwen de esplendido explorador. Pero gracias a todo esto, la ciencia seguirá esforzándose por revelar estos misterios no revelados. Y no solo eso, sino que Palíacas seguirá oculta probablemente eternamente. El rey Valdemar podrá seguir gobernando la ciudad y sus habitantes mitad humanos, mitad peces, viviendo feliz entre esas cuatro fortificaciones y bajo la seguridad de aquella cúpula.